



CONCURSO DE RELATOS
XIX DÍA DEL PÍNFAÑO
Córdoba, octubre, 2024

EL PECADO

Uniforme de paseo en perfecto estado de revista. Los zapatos marrones, que no eran nuevos, lo parecían por lo bien pulidos que estaban, las medias, color carne, no presentaban ni una arruga, el pichi gris, con blusa blanca, y rematada con un cuello de plástico blanco, resplandeciente. Se complementaba con una pajarita roja muy bien colocada, sin desviarse a alguno de los lados, como ocurría en ocasiones menos solemnes. El conjunto era impecable.

Pero lo mejor de esta visión se encontraba al seguir elevando la mirada. El rostro, enmarcado en una media melena bien peinada, contenía unos ojos luminosos y vivarachos y una amplia sonrisa que parecía que nada ni nadie podría borrar. Curiosamente, la descripción se adaptaba perfectamente a las dos amigas. El color de pelo variaba ligeramente de moreno a castaño, y, en altura, tenían unos centímetros de diferencia, pero se diría que eran intercambiables.

Habían tenido la gran suerte de que les tocara a las dos participar en la vivencia de una de las aventuras más deseadas por las internas. Lo sabían hacía un mes, más o menos y como eran muy listas, habían tenido la precaución de mostrarse cautas y contenidas para no atraer sospechas que hubieran podido frustrar su deseo de vivir juntas esa experiencia.

Y ahí estaban las dos, con el resto de las compañeras seleccionadas para postular. Acababan de llegar a Madrid, y estaban en el Ministerio del Ejército, esperando las instrucciones y el reparto de las huchas, tras lo cual, se separarían, en parejas, e invadirían las calles próximas al Ministerio, para recaudar fondos para la Cruz Roja. Era la Fiesta de la Banderita.

Realizaron, por recomendación, una última visita a los aseos antes de salir, lo que les permitiría pasar tranquilas la mañana. Aprovechando el momento, las amigas, frente al espejo y sin abandonar la sonrisa, se pellizcaron ligeramente las mejillas, como habían visto que hacía la madre Loreto cuando alguna interna recibía una visita. Este forzado rubor favorecía, además de proporcionaba un aspecto más saludable.

Ya fuera del Ministerio, pudieron dar rienda suelta a su alegría, la sonrisa se transformó en risa, un poco nerviosa al principio, luego se permitieron una franca carcajada. Se sentían felices y con fuerza para abordar a todos los peatones que se cruzaran en su camino. Iban a ser, se prometieron, de las que más recaudaran.

Antes de comenzar, se entretuvieron unos minutos mirando la mesa petitoria, a una cierta distancia claro, no querían ser indiscretas. La mesa del Ministerio del Ejército de Tierra era una más, pero muy importante, entre las muchas que se habían puesto por diferentes lugares de la capital, al amparo de institu-

ciones y edificios emblemáticos. En ellas se situaban algunas aristócratas, las autoridades, bueno, mejor dicho, sus cónyuges mujeres, y otras personas relevantes de la sociedad. Iban ataviadas con sus más bellas galas, como diría después el NODO. Personas también muy bien vestidas, que parecían importantes, o personas populares y famosas, se acercaban a la mesa, saludaban efusivamente a todas las mujeres que la constituían, y depositaban un billete o dos de los grandes. A la vista de todos, no podían parecer tacaños. Algún miembro de la mesa se incorporaba para condecorarles en la solapa con un distintivo especial, como agradecimiento por su donación y se despedían entre sonrisas de todos.

Las amigas no tuvieron la suerte de reconocer a ninguna de las componentes de la mesa ni ver a ningún famoso, así que, con la esperanza de tener más suerte en otro momento, procedieron a iniciar su cuestación. No se escapaba ni un transeúnte, a todos abordaban con la mejor de sus sonrisas, lo que no era muy difícil para ellas. La vista de algunos muchachos jóvenes aceleraba sus pasos y el ritmo de sus corazones, y, entre codazos, más o menos disimulados, se acercaban a ellos para solicitar sus donativos. Algún piropo sí que lograron además de las monedas que depositaban en la hucha.

No todo eran monedas. Había quien se mostraba más generoso y se desprendía de un billete de más o menos valor, que había que doblar para ayudar a que entrara en la hucha. Por el contrario, algunos no respondían a su petición, sino que mostraban la pegatina de su solapa, indicando que ya habían colaborado a través de otras compañeras.

Pronto se dieron cuenta que eran muchas en un área muy pequeña, así que decidieron alejarse algo más del Ministerio. Tenían cuidado de fijarse donde estaban, para no despistarse y siguieron abordando a la gente sin piedad; todos debían hacer su donación.

En una de las calles por las que se aventuraron, tuvieron un feliz encuentro. La tía de una de ellas, que había sido avisada por su madre, se aventuró a acercarse a la zona con la esperanza de encontrar a su sobrina. Y sí, la encontró, con una gran alegría por parte de las dos, que no escatimaron en muestras de cariño. Era hermana de su madre y se había casado con un extremeño que estuvo trabajando un tiempo en Galicia. Nada más casarse fueron a trabajar a Madrid, y ahí residían desde entonces. Después de charlar un ratito, su tía decidió que iba a invitarles a una bamba, o lo que quisieran. Conocía una buena pastelería por allí. Entraron, y, como no había muchos clientes a esa hora, podían mirar a su antojo la oferta. Cuando se interesaron por las bambas, la dependienta se dirigió a ese pastel como “cristina”, ya que de las dos maneras se llamaba. Esto hizo mucha gracia a las amigas, porque a ellas mismas también las llamaban “cristinas”, como alumnas del colegio de María Cristina de Aranjuez. Así se lo explicaron a la señora de la pastelería y a su tía. Como no podía ser de otra

manera y celebrando la coincidencia, eligieron tomarse una cristina cada una. Después de disfrutar el momento, se despidieron muy cariñosas de la tía, y con energía renovada, siguieron abordando a los peatones con los que se cruzaban.

Después de un buen rato, descubrieron un parque pequeñito, con varios bancos y un columpio. Era una pequeña plazoleta, que estaba prácticamente vacía. Decidieron descansar un ratito, y aprovecharon para comprobar que el poco dinero que habían llevado para gastar, seguía a buen recaudo en su faltriquera. Ya casi nadie usaba faltriquera, pero las amigas sabían que era una forma segura de llevar el dinero, como habían aprendido de la madre de una de ellas, que regaló otra a la amiga y desde entonces, se había acostumbrado a usarla también.

El dinero pensaban gastarlo por la tarde, en el rato libre que, después de comer, les daban para poder dar una vuelta por Madrid, libres de vigilancia. Eso lo sabían porque se lo habían oído contar a otras compañeras que habían vivido la experiencia antes que ellas.

Charlando y riendo empezaron a dar vueltas a la hucha, para ver cómo era el precinto, curioseando el sistema y agitándola para comprobar el peso. Al ponerla con la ranura hacia abajo, inexplicablemente, salió una moneda que cayó al suelo, se miraron por un instante y se echaron una franca carcajada, con los ojos más brillantes que nunca.

Nuevas perspectivas se dibujaron en el horizonte, desapareció el cansancio y comenzó su perdición. Podían obtener algunas monedas más con las que incrementar los ahorrillos que llevaban en la faltriquera. Lo lograron después de un estudio minucioso sobre la ligera inclinación que debía tener la hucha, combinada con la intensidad de la agitación, para permitir la salida de la moneda al exterior.

Afortunadamente, al poco tiempo de su descubrimiento, comenzaron a llegar algunas señoras con niños pequeños, con intención, según todos los indicios, de pasar un rato jugando allí. Eso les ayudó a volver a la realidad de inmediato. Debían seguir postulando y llegar puntualmente al Ministerio, así que reiniciaron la tarea con nuevos bríos y siguieron asaltando a cuantos peatones se cruzaban en su camino, con la esperanza de compensar lo sustraído.

Llegaron al tiempo que iban haciéndolo las demás compañeras, justo para entregar la hucha y visitar los aseos de nuevo, antes de ir a comer. Todas las compañeras se quitaban la palabra, contando las múltiples pequeñas incidencias, que, asombrosamente, se convertían en trascendentes anécdotas. Las amigas contaron la visita a la pastelería, provocando alguna breve insalivación por parte de quienes las escuchaban. Poco importaba, porque la comida que les ofrecieron los militares, superó sus expectativas en cuanto a calidad y cantidad. Todas quedaron muy satisfechas

Después de la comida, y de escuchar las imprescindibles recomendaciones sobre la conveniencia de mantener un comportamiento adecuado, estuvieron listas para disfrutar de un par de horas de libertad. Se dispersaron en grupos o en parejas para ir, sobre todo, a las tiendas cercanas. Allí, si no podían comprar, al menos podían mirar. Muchas coincidían en unos grandes almacenes, donde solo subir y bajar por las escaleras mecánicas ya suponía una diversión.

Las amigas fueron a los grandes almacenes y se detuvieron en la sección de ropa, donde aspiraban a comprarse una blusa. Habían oído que a veces había oportunidades, pero, al parecer, no era época de rebajas. De todas formas, observaron algunas prendas y jugaron a ser clientas expertas, antes de aterrizar en la sección de perfumería, donde compraron una colonia, distinta para cada una, pero de precio casi idéntico.

Y vuelta al Ministerio, donde las esperaba el autobús que las llevaría a Aranjuez, al internado, a la rutina.

Un poco antes de salir, se les informó que huchas contenían más dinero. Por descontado que ellas no figuraban entre las que más habían recaudado.

Pasaron unos días antes de que las amigas pudieran hablar en el Colegio, del tema de la postulación. No era fácil estar las dos solas, pues las monjas preferían que se reunieran más niñas en el patio. Insistían en que estar dos solas era peligroso, el demonio podía interponerse. Las niñas acataban la orden, como tantas otras, a regañadientes y sin entender. Pero cuando se presentó la ocasión, pudieron hablar tranquilamente del tema. Bueno, tranquilamente no es la palabra más adecuada, porque las dos coincidieron en que estaban inquietas y aunque aún les provocara la risa evocar la situación, y los detalles de aquel día, estuvieron de acuerdo en que debían confesarse y afrontar la penitencia. Les iba a costar mucho confesarse de un pecado tan extraordinario, y temían las consecuencias, pero querían descargar sus conciencias.

A la primera oportunidad, salieron del estudio con la intención de cumplir con su propósito. Ambas le contaron al confesor la circunstancia y los detalles de su no planeado hurto. El sacerdote, una persona bondadoso y comprensivo en aquellos tiempos, les hacía preguntas sobre los detalles más pequeños. Las amigas coincidieron en todo. Si ellas hubieran podido verle la cara al otro lado del muro de madera, le hubieran visto sonreír. La penitencia impuesta les pareció adecuada, según comentaron después: rezar el Señor Mío Jesucristo y dos Padrenuestros, y la promesa solemne de reservar una parte de la próxima propina que recibieran, para la siguiente vez que se hiciera una recaudación con fines benéficos.

Las amigas quedaron liberadas y contentas y, siguieron siendo unas buenas alumnas durante unos años más.

P.D. Este secreto sale a la luz después de más de 60 años. No voy a revelar mis fuentes para no herir sensibilidades. Pero, en todo caso, creo que el delito, si existió, ha prescrito. Vale.